



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

GERMÁN DIEGO CASTRO CASTELBLANCO

ENTRE LA PALABRA Y LA MONTAÑA: CRÓNICAS SOBRE LA VIDA DEL
MAESTRO FERNANDO VÁSQUEZ RODRÍGUEZ

BOGOTÁ

2022



AUTORIZACIÓN DEL AUTOR PARA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TRABAJO DE GRADO

Código:

Versión: 5.0

Página 1 de 1

Fecha:

BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI

INFORMACION DEL TRABAJO DE GRADO

1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:

Maestro en Escritura Creativa

2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:

Entre la palabra y la montaña: crónicas sobre la vida del maestro Fernando Vásquez Rodríguez.

3. SI AUTORIZO

NO AUTORIZO

A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.
- Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.
- Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.
- Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.

IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR

Nombre completo:

Germán Diego Fidel Castro Castelblanco

Documento de Identidad:

C.C. 19474773

Firma:

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR

Apellidos	Nombres
Castro Castelblanco	Germán Diego

DIRECTOR (ES)

Apellidos	Nombres
Trias	María Fernanda

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: Maestro en Escritura Creativa.

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: Entre la palabra y la montaña: crónicas sobre la vida del maestro Fernando Vásquez Rodríguez.

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: Maestría en escritura creativa.

CIUDAD: Bogotá AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS: 52

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Otro. ¿Cuál? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de archivos dentro del CD, en caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. *(En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):*

ESPAÑOL
Crónica

Memoria

Escritor

pedagogo

INGLÉS
chronicle

memory

Writer

pedagogue

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

Las crónicas se centran en los años de juventud del cronista y su grupo de amigos generacionales plenos de ideales de llegar a ser escritores. De este grupo de amigos, las historias se centran en la figura de Fernando Vásquez Rodríguez, cuya trayectoria es destacable dentro del campo de la pedagogía en Colombia. Se relatan momentos, anécdotas, de los años de formación así como lugares y calles de la ciudad que los vio formar: la Bogotá de la década del ochenta.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

The chronicles focus on the youthful years of the chronicler and his group of generational friends full of ideals of becoming writers. From this group of friends, the stories focus on the figure of Fernando Vásquez Rodríguez, whose career is remarkable within the field of pedagogy in Colombia. Moments, anecdotes, of the formative years are recounted, as well as places and streets of the city that saw them form: the Bogotá of the eighties.

Dedicatoria

A nuestros padres desaparecidos: los míos José Félix y Beatriz, quienes siempre soñaron ver algo mío publicado y a don Custodio Vásquez, contador de historias y cronista natural.

Agradecimientos

A la maestría en escritura creativa del Instituto Caro y Cuervo, a sus profesores (as) por el ánimo continuo. A mi directora de trabajo de grado, la escritora María Fernanda Trias.

Una vida no cabe en la memoria

Jorge Guillén

Si de tierras hermosas retorno

Qué traigo

Me cegó su resplandor

No traigo nada

Traigo una canción

Aurelio Arturo

EL HECHO DE NARRAR

Recordar es un verbo bello. Hacia los diez años, mi madre me colocó a leer *Memorias infantiles* de Eduardo Caballero Calderón; allí me impresionó la expresión “recordar la infancia es recordar un sueño”. Con los años he admirado el poder de la memoria, el rescate de lo vivido, de lo olvidado, de aquello que las generaciones sucedáneas no vivieron y sólo les llega por referencia. De ahí mi afinidad con la palabra *recuerdo*.

A la par de mis lecturas de obras, me agradaba leer sobre las historias de los escritores, el origen de sus libros, las anécdotas de su genealogía familiar, la conformación de las generaciones literarias, aspectos que se transformaban en leyenda: “Por aquí pasó Julio Flórez” “aquí se paraba con su bastón y su boina el poeta Carranza” “en esa esquina se suicidó el caricaturista Rendón” “allá tomaba tinto León de Greiff” “en ese café se reunían los nadaístas” y otras frases hacían que lugares o esquinas de la ciudad se llenaran de sentido.

Leía las crónicas de Plinio Apuleyo Mendoza sobre sus amigos de generación, sobre la referencia de la gente que conoció en los diferentes lugares que vivió o visitó, las mismas crónicas de García Márquez en sus columnas periodísticas, las remembranzas de Hemingway en su novela póstuma *París era una fiesta*, prólogos o referencias generacionales de otros escritores. Igualmente, las biografías o entrevistas como *Con los ojos abiertos* de Mathieu Galey con Margarithé Yourcenar o *El reino que estaba para mí* de Fernando Quiroz con Álvaro Mutis, donde episodios de la vida se transforman en hitos de su obra. A la par, tenía contacto y escuchaba a escritores o artistas y sus remembranzas de sus años de juventud y de los espacios habitados. Recuerdo haber escuchado a los poetas nadaístas J. Mario y Elmo Valencia, a Pedro Gómez Valderrama, a Eduardo Santa, en especial a Manuel Mejía Vallejo, los diálogos entre R.H. Moreno-Durán y Germán Espinosa. Haber podido conversar y gozar de la amistad del

pintor Omar Rayo y de las poetas Meira Delmar y Maruja Vieira. También haber compartido con protagonistas de momentos políticos como el 9 de abril de 1948 y el asesinato de Gaitán y el posterior desencadenamiento del bogotazo. La historia de las calles de la ciudad que recorría a diario.

Todos estos antecedentes literarios y humanos me llevaron a interesarme por la crónica porque agrupa vivencias, detiene momentos, eterniza gestos, frases, personas. Cronos, del griego tiempo y del sufijo ica, que quiere decir relativo a. Al decir de Cercas (2000), toda crónica “aspira a participar de una triple condición: la del poema, la del ensayo y la del relato”¹. Pero, la crónica va más allá “sabe encontrar siempre algo de maravilloso en lo cotidiano...hacer trascendente lo efímero...poner la mayor cantidad de eternidad en cada minuto que pasa” (Tejada, 1922)².

Por tal razón, creo, ante todo, que la crónica es un hecho de escritura. Al igual que los demás géneros o subgéneros, lo que define el hecho literario es el poder del lenguaje, la manera cómo se cuenta. La escritura es la vara con que se mide la calidad de un escrito. Para Rotker³ “La crónica es el laboratorio del ensayo del “estilo” —como diría Darío— modernista, el lugar de nacimiento y transformación de la escritura, el espacio de difusión y contagio de una sensibilidad y de una forma de entender lo literario que tiene que ver con la belleza, con la selección consciente del lenguaje”. Para Barthes, en su clásico texto sobre este tema *El grado cero de la escritura*: “entre la lengua y el estilo hay espacio para otra realidad formal: la escritura. En toda forma literaria, existe la elección general de un tono, de un ethos si se quiere,

¹ Citado por Bravo Víctor (2018). *La Crónica. Didáctica del taller, cantos de Juya-Relata Guajira*. Fondo Mixto de Cultura de la Guajira, pg. 25.

² Ibidem, 21.

³ Citado por Bravo, V. *Op. Cit.* pg. 25.

y es aquí donde el escritor se individualiza plenamente porque se compromete”⁴. Una escritura personal, autorreflexiva, que enmarque lo comunitario, que proyecte una época y un sentir. La escritura es el signo que determina las propias búsquedas; la escritura, a nivel transversal, refleja los anhelos, temores y esperanzas. En la escritura viaja la estirpe, los sueños de los antepasados, los momentos de la infancia, una raza y una región, la tradición de un país. A través de la escritura nos asomamos al mundo como el niño en los primeros balbuceos. La escritura sirve de reposo al ojo y aliento al oído. Escritura —en el sentido de Barthes— que es diferente a la buena redacción y pulcritud del idioma. Ser escritura es ser en libertad.

Desde otro punto de vista, la crónica participa de los mismos elementos del cuento y de la novela, al decir de Trias⁵: “la construcción de escenas, la configuración de personajes y de atmósferas”. No basta, apunta esta autora, con la simple enumeración o descripción de hechos y personajes: toca desarrollarlos para que el lector se sitúe en la escena y se sienta partícipe del acontecimiento. “De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos”⁶ afirma Juan Villoro. El autor mejicano también trae una idea bastante interesante respecto a la verosimilitud de la crónica: “Siguiendo usos de ficción, la crónica también narra lo que no ocurrió, las oportunidades perdidas que afectan a los protagonistas, las conjeturas, los sueños, las ilusiones que permiten definirlos” dado que “ciertas verdades piden ser dramatizadas para ser creídas”⁷. De ahí, que en la crónica también quepa lo presentido, aquellos sueños no

⁴ Barthes, Roland (1983). *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XXI editores, pg. 21.

⁵ Trias, María Fernanda. Frases y consejos citados durante las asesorías para la realización de este trabajo.

⁶ En “La Crónica. Ornitorrinco de la prosa”, en Bravo V. *Op. Cit.* pg. 73.

⁷ *Ibidem*, pg. 76.

expresados de los protagonistas, las máscaras que ocultan los rostros, lo que infinitamente pensamos. Para Riera, (2014) “la crónica y la novela indiscutiblemente se retroalimentan”⁸.

Dado que la crónica atañe a un perfil, persigue la construcción o configuración de un personaje. Mi interés por la figura de Fernando Vásquez Rodríguez nació desde que éramos compañeros de aula: su rigidez académica, sus búsquedas artísticas, su férreo carácter, sus historias de vida, prefiguraban que sería alguien muy destacado en su campo. Con los años, terció más hacia la pedagogía y la docencia que hacia la literatura. Años atrás yo había realizado una especie de semblanzas y recuerdos sobre varios amigos comunes en cartas a un amigo que partió hacia otra ciudad. El texto (todo manuscrito) se llamaba “Crónicas de una generación: Cartas a Freddy Barrero”. Años después, como regalo para un cumpleaños de Fernando, escribí una especie de postal sobre algunos recuerdos comunes. A partir de entonces, cada año escribía algo sobre momentos personales y grupales, de tal manera, que se iba configurando la percepción de una generación. Entonces, dimensioné la importancia de la memoria como un legado para los nuevos y los futuros lectores. De ahí que me interese no sólo la figura de Vásquez Rodríguez sino de tantos y tantas que han labrado una carrera en la escritura y en la docencia. Bravo Mendoza la sitúa como “Crónica de perfil” porque se refiere a un personaje específico, del cual se desentraña lo vivido y lo imaginado “el cronista de perfil debe poseer toda la información del perfilado...sobre el perfilado hay que eternizar la mirada para descubrir cuántas aristas ha esquematizado en su existencia”. Otra idea que trae este autor es que “el personaje no necesariamente debe ser famoso o relevante para la vida pública de una sociedad”⁹. De hecho,

⁸ Citado por Bravo V. *Op. Cit*, pg. 115.

⁹ Bravo, V. *Op.cit.* pgs. 139 y ss.

la figura de Fernando Vásquez dice muy poco dentro del medio literario pero sí es relevante para los maestros colombianos.

Algunas de estas crónicas las presenté para la materia sobre la violencia con el maestro Giuseppe Caputo y, otras, para el Seminario de investigación con Juan Cárdenas. Fueron sus orientaciones y las muy puntuales y exhaustivas de los compañeros (as) las primeras correcciones de estos textos. Mi gratitud hacia ellos también: Neto Galvis, Juliette Fonseca, Clara Inés Giraldo. Luego, ya en la asesoría de trabajo de grado con la profesora Trias se reafirmó el proceso: de pequeñas crónicas (de una o dos páginas) se configuró una propuesta más extensa y con mayor sentido. Un aspecto en que insistió la maestra fue la construcción de escenas y la necesidad de que el lector se sienta partícipe. De esta manera, cada crónica ya reelaborada fue tomando forma (algo así como cuerpo y espíritu). La idea es seguir con el ritmo y la reelaboración, los ajustes necesarios, para terminar y publicar el texto, cuyo título tentativo es “Entre la palabra y la montaña: crónicas sobre la vida del maestro Fernando Vásquez Rodríguez”. Asimismo, continuar con otros proyectos sobre grupos de amigos o personajes relevantes que he conocido y tratado a lo largo de mi vida y que, en algunos casos, ya no están en esta dimensión. Igualmente, seguir rastreando los lugares importantes para la construcción literaria y cultural de la ciudad y del país, varios de los cuales han ido desapareciendo. Por lo demás, es una experiencia extraordinaria el enfrentamiento con el texto, lo que llaman los escritores “pulir” o trabajarlo hasta alcanzar la máxima perfección, “impecable” es el término que utiliza la escritora Trias.

También, el cronista es una especie de arqueólogo de la ciudad, “un testigo de lo que sucede en la ciudad...se alimenta de instantes”. Para Adolfo Castañón “el cronista le es fiel a la ciudad, a la memoria de la ciudad...quiere que la ciudad lo quiera...quiere que la ciudad transformada en letras, imágenes y canciones se reconcilie consigo misma a través del espejo

de la prosa que va elaborando”¹⁰. La ciudad que sirvió como atmósfera para la narración de estas vivencias, es la Bogotá de los ochenta: las calles, sus lugares, los cafés, los teatros, los libreros y librerías, la arquitectura, son aspectos que me obsesionan. La misma ciudad que décadas atrás vio pasar a Silva, a las tertulias del XIX como las del Mosaico, la misma de la Gruta Simbólica y de los cafés como el Automático o el Pasaje. Una obsesión me llevaba a la memoria de sus calles y lugares, los recorridos que por las mismas aceras han realizado las diferentes generaciones como un palimpsesto de los pasos. “El futuro del cronista lo dibujará el rostro anónimo de la ciudad”. Es decir, que el cronista retrata una época porque su mayor placer “está en salvar el tiempo, en desafiar la caducidad, en ponerle límite a lo efímero. El cronista quiere salvar la memoria del río que fue, es y será, quiere hacer un museo de lo efímero, de los arquetipos, de los íconos que fundan la ciudad”¹¹. El cronista le hace una apuesta al futuro lector. No es fácil retratar el espíritu de una ciudad en una época determinada; lo oculto e indefinible, como una especie de alma colectiva, no es visible a primera vista, se le escapa a la escritura.

Algo muy importante de la crónica, es el rescate de la memoria. Memoria que construye conceptos como nación e historia. Ser memoria es salvar la cultura. Nada más contradictorio para un memorialista (esta expresión se la escuché a Jorge Edwards cuando refiere: “En América Latina hacen falta memorialistas”) que perder la memoria. García Márquez planeaba tres tomos de “Vivir para contarla” y no alcanzó sino al primero. No alcanzamos a prever hasta cuando la tendremos. Sin embargo, para Ricoeur, gracias al olvido recordamos: “el olvido puede estar tan estrechamente unido a la memoria que puede considerarse como una de

¹⁰ En “Pequeño diálogo edificante en torno a la figura del cronista” en Bravo, Víctor, *Op. Cit*, pgs 129 y ss.

¹¹ *Ibidem*.

sus condiciones”¹². Pues merced al olvido, es que seleccionamos acontecimientos, hechos y personajes que pueblan las crónicas: “lo que simplemente acontece. Tiene lugar. Pasa y sucede. Adviene y sobreviene...Están también próximas al acontecimiento único las apariciones discretas (una puesta de sol en un atardecer particular de verano), los rostros singulares de nuestros allegados, las palabras oídas según su régimen de entonación siempre nueva, los encuentros más o menos memorables”¹³. Es decir, el acontecimiento apunta a aquello que queda grabado o, mejor, lo que es recordado: la marca indeleble. La crónica sería una selección de acontecimientos. Ricoeur denomina como *marca afectiva* aquello que hace que el acontecimiento no se difumine sino que quede en el *núcleo de la memoria profunda*: “aquel conjunto de marcas que designan lo que, de una manera o de otra, vimos, oímos, aprendimos, conseguimos”¹⁴. Se hace crónica no sólo para reconstruir momentos tutelares de nuestras vidas y de seres o lugares entrañables que no deseamos que desaparezcan sino por una lucha constante contra el olvido.

¹² Ricoeur, P.(2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Trad, Agustín Neira. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, pg. 546.

¹³ *Ibidem*, pg. 42.

¹⁴ *Ibidem*, pg. 565.

REFERENCIAS

- Barthes, R. (1983). *El grado cero de la escritura*. México: Siglo XXI editores.
- Bravo V. (2018). *La Crónica. Didáctica del taller, cantos de Juya-Relata Guajira*. Fondo Mixto de Cultura de la Guajira.
- Castañón, A. “Pequeño diálogo edificante en torno a la figura del cronista” en Bravo, V. *La Crónica. Didáctica del taller, cantos de Juya-Relata Guajira*. Fondo Mixto de Cultura de la Guajira.
- Correa, C. (2012). *La crónica reina sin corona*. Medellín: EAFIT.
- Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Trad, Agustín Neira. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Salcedo, A. *La crónica, el rostro humano de la noticia*. bicentenario.fnpi.org/materiales.pdf
- Villoro, J. “La Crónica. Ornitórrinco de la prosa”, en Bravo V. *La Crónica. Didáctica del taller, cantos de Juya-Relata Guajira*. Fondo Mixto de Cultura de la Guajira.

MOMENTOS ACTUALES: RECONOCIMIENTO Y EXALTACIÓN

Su voz pausada al otro lado de la línea me reveló al Fernando actual:

—Ese día sentí una alegría, no me lo esperaba...yo siempre he sido pudoroso ante esos honores.

Volví a sentir la voz, serena, como midiendo cada palabra. Ahora, me contó, tiene una dieta especial ante la reaparición del reflujo que le puede afectar la garganta. Aún así, respondió a mi pregunta sobre ese día de noviembre de 2018 en que le otorgaron el doctorado honoris causa, para cerrar su ciclo de docente y comenzar sus años de pensión. Me mencionó la sensación de sentirse importante: el auditorio, lo esplendoroso del evento, el video, los himnos, el diploma, la exaltación hacia él, alguien no religioso en el marco de una institución católica como la Universidad de la Salle.

—No se le vaya a hacer el tarde— me había advertido por teléfono varias veces doña Katty.

—No se preocupe, esta vez no— le prometí.

Algo pasa, siempre me ocurre, se esfuman los taxis o el reloj parece adelantarse y la tarde de la ciudad detenerse ante lo incontrolable. Por fin, cuando llegué al auditorio Houston (se entra por la puerta delantera), ya el evento había comenzado, había pasado la ceremonia inaugural y la entrega del diploma. Mientras me sentía observado por muchos ojos, alcancé a ubicar una silla vacía en medio de otros profesores de la Universidad, todos pulcramente vestidos (de paño las mujeres y los hombres con corbata, como yo lo estaba). No me acostumbro ya a eventos y espacios formales después de trabajar tantos años en el sector público, con estudiantes de estrato uno y dos. Me sentía un poco apretujado —como una especie de actor invitado— en medio de tanto corbaterío y peinado de evento, a pesar de que fui formado en mis

años infantiles y juveniles en colegios de la Salle. De reojo, miré la mesa central y ahí descubrí a Fernando, con una corbata de un verde poco usual y menos usual que llevara una fina bufanda también del mismo tono. Era la segunda vez que lo veía con corbata en más de treinta años de amistad; la primera fue el día del entierro de su padre. Su rostro estaba radiante pero sereno, la serenidad de la sapiencia, “deben ser los años”, ha afirmado él ante otras circunstancias.

Yo no levantaba la cabeza para no cruzar la mirada reprobadora de doña Katty. Y menos aún, cuando Milena Páez en sus palabras se refirió a mí varias veces y dijo “ha sido como un hermano para Fernando”.

—Yo ahí sentado no conocía lo que Milena iba a decir, hizo un buen perfil, recoge lo hecho—, siguió hablando Fernando desde el otro lado del auricular.

A Ruth Milena Páez, Fernando la conoció muy joven cuando entró a realizar la maestría en educación. Luego fue su profesora asistente y, ahora, como colega era la encargada de realizar una semblanza de su vida y obra:

Mente y corazón de educador es la impronta que constituye esencialmente a Fernando Vásquez Rodríguez. La marca de dignidad puede constatarse en varios frentes: su discurso cotidiano y académico, un discurso calificado, desenmascarado de presunciones por el saber, siempre cargado de contenido pertinente y útil para la profesión y para la vida. En su escucha atenta a los estudiantes y a los docentes que conforman el equipo del posgrado, así como al personal administrativo y a los miembros de otras dependencias de la universidad. En las potencialidades que reconoce en cada persona que interactúa con él, a quien siempre acompaña con su palabra sincera, fraterna y respetuosa, cargada de sentido y contenido.

Para Fernando también fueron muy importantes las palabras del hermano rector, Alberto Prada.

—A través de mi exaltación se hizo un homenaje a los docentes— me comentó el homenajeado.

El hermano Prada ya no usa sotana ni clayderman como los lasallistas que marcaron por ocho años mi niñez y adolescencia (mi padre les decía “los legos” a estos religiosos y “babero” a esa especie de corbatín blanco que llevaban). Eran hermanos, por lo general, de baja estatura que inspiraban entre respeto y miedo como el hermano Daniel Ángel o el hermano Martín Carlos. El rector de ahora es alto y acuerpado, tiene la fisonomía de un deportista. Él y los demás hermanos de esta época parecen ejecutivos: sobrios vestidos y corbata. En el caso de Alberto Prada armoniza con su poco cabello y su impecable barba blanca. A medida que leía sus palabras, el hermano Prada levantaba la vista con la seguridad de que no se perdía la solemnidad:

Fernando creó la síntesis entre los postulados filosóficos y espirituales, y la pedagogía y la didáctica. Creer en el maestro; empoderar al maestro; darle palabra al maestro y enriquecer esa palabra con la prosa y la poesía, para encantar a los estudiantes. Frente a la pregunta, ¿qué es lo más importante para una maestría? decidió apostar por la lectura, la palabra, la literatura, la poesía, la expresión, las buenas maneras. Siempre impulsa a los estudiantes a sentirse dentro de una obra de teatro, donde los actores principales son los estudiantes-docentes, y las muchas y múltiples experiencias que comparten.

Mi mano seguía detenida en el teléfono. Pocas veces él se extiende en una llamada:

—Fue un corte difícil para alguien que ama la docencia, es como cerrar el ciclo...— se quedó en silencio como meditando y yo le dije:

—Por la puerta grande...

—Sí— me dijo— un honoris causa... no se paga por eso—. Entonces me sonaron de nuevo las palabras de su corto y contundente discurso:

Es indudable que los maestros somos los custodios de tradiciones, de valores y de una herencia cultural. Por nosotros perviven o se mantienen determinadas creencias y un conglomerado de artefactos del pensamiento que han sido tallados por anteriores generaciones. Damos voz al pasado y, al hacerlo, subrayamos saberes, obras, nombres y un conjunto de ideas consideradas valiosas para la humanidad...somos los heraldos vivos de lo permanente y digno de conservarse en la memoria de los hombres

Qué curioso —pensé— Custodio se llamaba su padre. De ahí, que uno de sus libros lleve como título *Custodiar la vida*.

Una vez finalizado el evento, los asistentes salimos a un largo corredor por donde se colaba el frío de la noche. Cada uno quería tomarse fotos con él, individuales o en grupos. Los fotógrafos no sabían hacia donde apuntar. Él asumió el gesto que siempre ha tenido ante las fotos, un tanto risueño y antisolemne, pareciera que se agachara un poco para no quedar demasiado alto. En la medida que las cámaras apuntaban, él se volvía niño y construía pequeñas frases de humor. En medio de los flashes, comencé a sentir el olor de los apetitosos pasabocas. Entonces, Fernando miró hacia la mesa dispuesta para la comida y le hizo un gesto de aprobación al chef, con un breve juntar de dedos y una leve picada de ojo, que manifestaba su alegría. Don Jorge se llama el chef, que siempre lo asesora en la gastronomía, don Jorge Isaza.

En este momento, yo sentía mucho frío, Don Jorge siempre brinda cocteles pero sin licor. Recordé las celebraciones de los jesuitas, plagadas de vino, o los eventos de la universidad pública donde trabajo, donde no hay lugar al “palo seco”. Mientras pensaba como escaparme y buscar algo que calentara el cuerpo y el alma, se me vino a la memoria, como en hilera, momentos de la vida de Fernando mediante sus amigos cercanos, de diferentes épocas: Rodolfo López, compañero de años universitarios con quien conformábamos una trilogía inseparable; Glorita Rondón, su compañera de la maestría en educación y de sueños posteriores (Glorita siempre le ha llevado la idea); Adriana Goyes y Ruth Milena Páez, profesoras asistentes cuando

dirigió esta misma maestría, su alumno de la carrera de Comunicación, el hoy librero digital Jaime Iván Hurtado, y sus colegas actuales.

Quizá el frío en mezcla con el hambre, los pasabocas que estaban exquisitos pero no para calmar el estómago o, tal vez, lo desabrido de unos falsos cocteles, me trasportaron a aquellos años, las épocas en que lo conocí. Volví a ver a aquel muchacho de origen campesino, que vivía con sus padres en un pequeño apartamento de un barrio popular al noroccidente, desertor de varias carreras y universidades e irreverente tanto en el lenguaje como con los profesores en las clases. Ni siquiera llevaba maletín: sostenía una agenda de cuero, portadora de todos sus secretos y amores literarios y uno o dos libros, generalmente de poesía, tal vez Cernuda o uno de los herméticos italianos. Quería, entonces, ser poeta y solo eso. Lejos estábamos de imaginar que se convertiría en un referente de la pedagogía y la didáctica en el medio educativo, conferencista, editor, asesor, con más de veinte libros publicados y, en 2015, designado como “maestro de maestros”, por la Universidad Pontificia Bolivariana en convenio con la Universidad de Granada (España).

Estas y otras cavilaciones me rondaban, cuando escuché una voz:

—¿Casi no llega mijo, usted sí no tiene arreglo, no?

Al volver la vista, vi a doña Katty —la madre del homenajeado— que me sonreía o, tal vez, le sonreía a la realización de una vida. Entonces me le pude acercar a Fernando y le susurré:

—¡Qué haremos ahora que somos doctores!

—Mame gallo— me respondió irónico, como siempre lo hacía ante comentarios como estos.

Momentos más tarde, a la entrada de un bonito restaurante, alcancé a ver a Fernando y a Jaime Iván, el librero digital, que se habían adelantado y se reían con alguien, robusto y de camisa. Fernando me llamó y me lo presentó:

—Mire, Gustavo Gómez.

No reconocí quien era ni me sonaba su nombre, hasta que caí en cuenta que era su antiguo alumno de comunicación y director del programa radial “La Luciérnaga”, el de mayor audiencia por las tardes. Fernando presentaba una sonrisa especial, en ella concurrían todos aquellos antiguos alumnos que ahora son figuras y personajes destacados en su ramo. Era la sonrisa del maestro realizado a través de los pupilos exitosos que en los encuentros casuales reconocen su magisterio. Minutos después ya el frío había desaparecido. Todo lo contrario, el ambiente era acogedor y sentía sobre mis dedos la forma de la copa de vino, el elixir para la garganta de saborear el rojo de los dioses después del brindis. Al frente mío, muy cerca, estaba el hermano Prada, ya sin jerarquías y con la copa de vino en medio del festejo.

Todas estas remembranzas parecieran ser hilvanadas por el teléfono. Fernando seguía con esa voz lenta que precede a los recuerdos:

—Fue una noche muy solemne, la comida, el coctel, espíritu de celebración: estaba con los seres que más quiero: Margui, mi madre, cantidad de alumnos e instituciones de más de 30 años—

—Su papá hubiera desearlo verlo doctor, como cuando usted estudiaba derecho y era la esperanza de la familia— le dije.

—Sí, pero yo estudiaba derecho no por un título de doctor sino por otros valores como la justicia.

Después de un elocuente silencio me expresó:

—Bueno, mijo, cuídese, no afloje, no se tire la plata, gracias por llamar.

Ahora solo hablamos por teléfono. A partir del confinamiento, casi no veo a mis amigos sino que los escucho de vez en cuando, los recuerdos se detienen a través de la voz y, entonces pienso en el momento en que nos volvamos a encontrar, ya con las cicatrices de los años, y a verlos de nuevo en minutos y horas reales, de cuerpo y alma, para actualizar toda esa vida resguardada en la memoria: *un instante puede ser todo el pasado* como diría nuestro querido poeta Cote Lamus.

EL GRIEGO

Creo que las calles y las aceras se cansaron de vernos caminar entre la Cuarenta y el centro, después que salíamos de clase, o entre la Cuarenta y Chapinero. Siempre con algún pretexto: ir a ver una película o a una librería, pocas veces a recitales o a eventos literarios. Parecíamos caminar en orden de estatura: Fernando hacia la calle, luego Rodolfo y, después, yo. Llevábamos maletín y vestíamos casi siempre de saco de paño. Fernando con su cabello ensortijado completamente negro y un abultado y elegante maletín de cuero; locuaz, propositivo, agitando el puño cuando algo lo indignaba o lo emocionaba “qué cinta” o “qué texto”, repetía. Rodolfo, el más impecable, casi siempre de corbata. Luego seguía yo, mi poblada cabeza de abundantes cabellos lacios que, según escribió Fernando en un intento de novela, permitían que la lluvia no se detuviera sino que sus gotas parecieran deslizarse como en una bajante de canal. Ahora, Fernando, adorna de canas su cabeza —herencia de su padre—, es muy pausado en el hablar y parco en sus palabras y argumentos; es muy consciente de su lenguaje y de su misión de maestro formador de maestros. Rodolfo mantiene sus vestidos como profesor de maestrías de universidades religiosas mientras yo continúo caminando por el centro en jornadas infinitas como si las sombras de mis dos amigos me fueran acompañando y conversando sobre cualquier tema.

Tiene algo de idealización, esa ciudad que se detiene en el recuerdo. Las casetas de los vendedores impedían caminar por los andenes de la trece en Chapinero o las de los librereros por la diez y nueve, calle que también concentraba la votación el día de elecciones; la Avenida Jiménez —hoy eje ambiental— estaba permanentemente atascada por busetas y vehículos y más abajo, entre la Décima y la avenida Caracas, los puestos de venta de ropa de “San Victorino” impedían cualquier paso peatonal. Los hombres usaban trajes de materiales como el paño, el

dacrón o el drill, tenían patillas voluminosas y bigote poblado en tanto que las mujeres vestían con faldas anchas, abrigos y carteras grandes. Buses largos y busetas determinaban la movilidad de los ciudadanos. Rutas atravesaban la ciudad con nombres de barrios que quedaban en nuestra memoria: Chicó-Miranda u Olaya-Quiroga. Algún alcalde había mandado pintar todos los buses de franjas de color naranja.

Esa ciudad, donde era muy importante el teléfono público y era casi una lotería conseguir uno que sirviera, conformaba el marco de nuestros sueños juveniles: solo se sintonizaban dos canales de televisión y uno institucional, los noticieros eran a la misma hora y se trasmitía solo dos telenovelas. No existían los hipermercados ni los almacenes de cadena; el Ley de la Plaza de Bolívar o el Tía del Siete de Agosto, por ejemplo, eran referentes de orientación. La ciudad carecía de terminal de transportes. Pasar por los teatros era tomar un largo corredor con nombres sorprendentes: Radio City, Teusaquillo, Metro, Olimpia, El Cid, Embajador, Mogador, Metropol, la Cinemateca de la Veintitrés, los multiplex de la Veinticuatro. O, si era hacia el norte: Metro Riviera, Libertador, Almirante. La cartelera de *El Espectador* titulaba “La ciudad del cine”. El país era gobernado por un mandatario perteneciente a una especie rara denominada, desde el siglo XIX, los presidentes-poetas; por fortuna, fue el último en la serie. No existían ni el festival de teatro ni la feria del libro ni la casa de poesía Silva. Los recitales, a donde asistíamos, eran en la Biblioteca Nacional o en el Centro Colombo Americano. Aún se encontraban en las calles o en los eventos culturales a los poetas de *Piedra y Cielo*, con sus sombreros y gabardinas y se veía en grupo a los nadaístas en los cafés o en las esquinas.

A veces los textos eran tan apasionantes que los leíamos mientras caminábamos o nos deteníamos en alguna esquina para degustarlos. Recuerdo, en algún atardecer bajo la lluvia en la esquina de la Jiménez con Quinta, bajo los paraguas, leer uno de los cuentos de *Fuegos* de la Yourcenar, a quien idolatrábamos. También, en otra tarde, la lectura de los primeros poemas

de Pizarnik, porque sus ediciones no se conseguían en el país. No nos importaba la lluvia o el frío ni mucho menos las horas o el final del recorrido.

La mayoría de los días, al salir de clase tomábamos vía al occidente, hacia la carrera Trece donde nos esperaba nuestra mesa.

Aquella noche, Alex, el dueño de “El Griego”, había cerrado el local y chasqueaba mientras acompasaba sus pasos con otros griegos al ritmo de la música de *Zorba*, la película que tanto nos había marcado. Al fondo, la pared estaba cubierta por un mural de un Pegaso que desesperaba a Fernando por su baja calidad. Alex tenía su mesa y la nuestra era la contigua. Veníamos de algún evento o recital, no recuerdo muy bien. Nos unimos a la celebración porque, aunque no había plata —como siempre o casi siempre— llegaron los serenateros y se armó el jolgorio. Don Paulino, que tocaba el requinto y era del extinto Armero, Gerardo Sánchez (el cantante, solo tocaba las maracas y pedía únicamente “Cocacolita”), Roberto Ruíz (homónimo de un legendario personaje de una canción tropical) y “Coclí” (el más anciano, que tocaba el saxofón), a pedido de Fernando, comenzaron a sacar todo ese repertorio de cumbias y porros como “Atlántico”, “Mario Jimeno”, “Plinio Guzmán” o “Tolú”. Los serenateros, casi todos del Tolima, con sus vestidos y corbatas raídas, también disfrutaban la fiesta y apuraban una que otra copa. Esa noche nos visitaban dos teatreros —Mabel y Darío—, quien con su melena y chivera mona se gozaba el improvisado ágape. Se corrieron las mesas y el movimiento de brazos y caderas aplacaron la tertulia de libros y autores. Ahora los invitados eran Lucho Bermúdez y Pacho Galán en la interminable sonrisa de la fiesta.

Aquella noche, como tantas otras, pedimos algo de comer para detener el licor que ya había pasado de cerveza a aguardiente. Entonces, nos preparaban la ensalada griega, que traía queso, tomate, vegetales, pimienta y unas cebollas redondas. Como todos comíamos la proteína y le hacíamos el quite a la cebolla, Fernando decía “coman cebollita h.p”.

Otras tardes, llegábamos a nuestra mesa, pedíamos café, o algo de tomar, en algunas ocasiones cerveza y comenzábamos a hablar: de las clases, de las obras y autores que se estaban leyendo, de un descubrimiento literario, de circunstancias que alguno estuviera viviendo como miedos, despechos o posibles conquistas. Si era cerveza, la ronda se repetía, a la par de los vales que Alex nos permitía firmar. En otras noches, se hacían unas rondas llamadas de la verdad porque cada uno era interrogado sobre sus miedos, conflictos y sueños. A estas rondas les teníamos pavor por su verticalidad y sinceridad. De ahí que Fernando bautizó a la bohemia como “amistad hecha confesión”. Eran noches de lágrimas ante un desprecio amoroso o de contar historias frustradas.

Pero, ¿de dónde apareció este lugar tan afín para nuestros encuentros?

Fernando merodeó las calles y descubrió hacia abajo de la carrera Trece una especie de cafetería en el día y tertuliadero en la noche. Se les llamaba, entonces, fuente de soda, un local amplio que quedaba en el primer piso de un edificio de consultorios y miraba a un parque. En la esquina de la carrera Trece, quedaba la funeraria Gaviria y en el otro borde una discoteca. Pero, lo más curioso es que en la otra esquina había un prostíbulo de élite llamado “El torito sentao”. Por lo tanto, era un lugar entre la vida y la muerte, entre lo trascendental y lo mundano. Desde nuestra mesa observábamos a un lado a los dolientes y, al otro, a las trabajadoras de la noche, con sus descubiertas prendas que desafiaban el frío. Alex era de Grecia y había sido marino, le gustaba el local porque desde ahí se veían los cerros y se observaba la luna en sus diversas fases, tal como lo hacía desde los barcos. Su nombre completo era Alexis y su apellido traducía algo así como Maravillas: alto, delgado, de unos ojos trasatlánticos y una pequeña chivera por donde se advertía un español entrecortado. De charla amena y locuaz, excelente anfitrión. El lugar se denominaba, por consiguiente, “El Griego”. Allí se reunía esta colonia: exmarinos como Spiros, pulcramente vestido, o tenores líricos como George Vardakas quien

siempre nos criticaba porque tomábamos cerveza. Según él, la cerveza contenía lúpulo que, decía, era malo para la salud; al acercarse, en un acento entre argentino y griego, expresaba: “la juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo”. Pero el centro de la mesa era Alex o Alexis, quien únicamente tomaba aguardiente Néctar.

A la salida de “El Griego”, el frío nos agarraba y, en varias ocasiones, seguíamos a “Arte y cerveza” que quedaba a la vuelta porque ahí trabajaba la novia de Fernando. La tertulia seguía en esta taberna andina (una modalidad que nació y desapareció en esta década) caracterizada por los sonos de flautas, charangos y guitarras. El espacio era amplio con paredes y techos absolutamente blancos, en una especie de construcción a medio terminar como remedando un pueblo antiguo. Penélope siempre nos esperaba y, entonces, nos ofrecía —de su sueldo— una jarra de cerveza para cada uno. Era muy atenta y poseía una sonrisa que dejaba advertir la mezcla de sus rasgos caribes e indúes. De día era una aplicada estudiante de la Universidad de los Andes donde realizó una tesis sobre la figura de la virgen madre. Penélope se convirtió en una de las primeras académicas, predecesoras del feminismo. Desde hace varios años vive en Hawai, alejada del mundo académico. “Arte y Cerveza” más que taberna era una especie de centro cultural de la noche, fue uno de los primeros lugares en donde se presentaron “Los Carrangueros de Ráquira”, Jorge Terrés y otros grupos y cantautores. Una vez cerrado el lugar, el frío de las dos de la mañana nos aguardaba. Únicamente subíamos las solapas de los sacos, ninguno usaba bufandas. Si había ánimo y algo de dinero, la ronda continuaba e íbamos a la vuelta, en la esquina de la Caracas, al famoso restaurante santandereano “Desayunadero de la 42” donde nos esperaba un exquisito caldo con huevos. Al fondo del lugar, aparecían otros serenateros, ya no callejeros sino del establecimiento; aunque la música era similar —boleros, bambucos, pasillos, tangos— preferíamos el rostro ensimismado de Paulino al rasgar la bandola, así como la sonrisa y los movimientos al ritmo de las canciones de Gerardo, y la cara huesuda

de trasnochador alcohólico de Roberto, y el soplo que “Coclí” le exhalaba al saxofón, sin importar sus más de 80 años.

Ellos, cuatro y nosotros, tres. Ambos grupos, merodeando las calles de la nocturna Bogotá, con quilates de sueños y de historias.

LOS VIAJES A CAPIRA

Para mí, ir a Capira, significaba la ensoñación de conocer el lugar de nacimiento de mi amigo, mencionado noche tras noche en “El Griego”. Cuando Fernando nos propuso que fuéramos a la tierra de sus orígenes, dibujada en sus confesiones y meditaciones, ya teníamos un referente y mucha expectativa. Para ese viaje, escribió un poema dedicado a sus amigos como bienvenida a su región: *Muda para un viaje*. Poema hermético, de tono épico, y provocador de la dimensión humana del desarraigo pero, a la vez, de la fuerza de la sangre de lo primigenio:

*¡Vamos deseosos! Vamos deseantes,
marchamos a lo inasible incoloro
a las golpeantes aberturas de las puertas de broche
que detienen otras libertades,
las de aquellos sabedores de mascar la hierba y el café
¡Bullicio!
Las huellas empiezan el jadeo de las sorpresas
¡Griterío más alto!
más alto gritaría
¡Griterío sin la voz!
sin la voz gritaría*

Con el fin de volver más ritual la partida, la noche anterior el poeta nos recogió en cada una de nuestras casas en el *jeep* de “Luchito”. Así le decía al padre Luis Eduardo Castaño, un sacerdote de baja estatura y aspecto muy tradicional, proveniente de la región cafetera, con

quien recorrerían el país y Centroamérica en conferencias para el CELAM. Álvaro Pinilla no se explicaba porqué nos recogía para retornar otra vez a la casa de Fernando en el barrio “Bosque Popular”.

Al día siguiente, como buena costumbre campesina, la levantada precedió al amanecer. Así salimos rumbo a Capira, además de Fernando y del padre Castaño en su *jeep*, Penélope, Rodolfo López, Andrés Díaz, Álvaro y Beatriz Martha Vergara.

En el poema se versaba algo así como el lugar de donde nacen las nubes que era la imagen que se desprendía apenas comenzamos a descender la cordillera después de Albán.

hacia allá viven las nubes,

nacen,

Es un descenso mágico hasta pisar las orillas del Magdalena. En una curva, Luchito venía un poco rápido y se nos apareció un vehículo que el Padre esquivó prodigiosamente. Al otro lado quedaba el abismo que también, como un conductor experimentado, evitó. Penélope amplió sus grandes ojos ante el susto. Fernando le dijo: “muy bien Luchito”. Una mirada fue su respuesta. Los puntos del camino, que recordaban la diáspora del poeta en su niñez, iban apareciendo con una dosis de encantamiento: *Corralejas*, *Reventones*, *La Sierra* (donde creo recordar un caldo delicioso), *Chumbamuí*, hasta llegar al pueblo de San Juan. Luego, *La Muchagua* y, finalmente, la escuela de *La María*, antes de llegar a la tienda de *El Piñal*. Actualmente, en el blog de él, se observan las fotos de aquel viaje: la del poeta junto a la del mapa de Cundinamarca donde dice “Vereda Capira” (pancarta que ya no existe) y otra con la panorámica de la población al fondo. San Juan de Rioseco era el pueblo de su infancia: el templo donde se casaron sus padres, la colina desde donde se escuchaba el sonido de la población que incluía el pito de las flotas anunciando su llegada, sus construcciones antiguas y el recuerdo del mercado del día domingo al que lo traían desde Capira: su mayor ilusión, aparte del roscón

grande, eran las aventuras de *El Tiempo*, un suplemento a colores del periódico dominical que anhelábamos los niños.

Una vez hecha la parada en el pueblo ancestral, seguimos el descenso. Era como entrar en la *Divina Comedia* pero al revés: un descenso-ascenso al Paraíso. A medida que se avanzaba, tanto él como Penélope aumentaban la expectativa con un “tatam... tatam...”. Al fin, paramos hacia la derecha en un punto con casitas que servían de negocios y apareció un señor alto, corpulento, de sombrero grande, bigote, panzudo y de camisa clara: era el tío Antonio. A continuación, tomó una piña y la partió con el machete para darnosla en rodajas y así amortiguar el calor que ya se sentía abrasador. Porque Fernando, aunque no parezca, es calentano, y de tierra bien caliente.

Ya en Capira, en sus terrenos, comenzamos el descenso con la camisa sudorosa y la sed constante. Creo que ninguno musitaba palabra y solo el silencio hablaba. Todos íbamos realmente un poco asustados de que todo fuera mágico e intocable. Luego Fernando se reía cuando hicimos el balance.

El poema se divide en cinco cantos que son los puntos del camino hasta descender al rancho donde le “vino el mundo”: la carretera, el boquerón, la laguna, el desagüe y la pajosa:

Contemplan la lenta persistencia de una historia

¡La mía!

La vuestra, mis amigos, desde ahora.

Ha empezado el descenso,

se oyen ladrar los perros.

La mirada del poeta se iba transformando al recordar lo perdido: la multitud de personas en las épocas de las cosechas de piña. Citaba el verso de Perse, que era el epígrafe de *Muda para un viaje: Si no la infancia / ¿que había entonces allí que no hay ahora?*. Nos enseñó matas y árboles que no conocíamos como la palmicha, el totumo, las hojas de bore, que parecen diseñadas por un pintor y son las encargadas de proteger las fuentes de agua.

La caminata se tornaba deslumbrante pero agotadora: matas de café, riachuelos, quebradas como “Aguasclaras”, sitio utilizado para el baño corporal. Cultivos de batata, yuca, plátano, una especie de frijol llamado guandú, el tomate rascabuche. En algún recodo apareció la cruz que señalaba el lugar donde están enterrados los abuelos. Todo camino, toda tierra, la constituyen también sus habitantes, que para nosotros eran como personajes de ficción: Urbano (nombre curioso para alguien de campo), hijo de Leoncio Ortega y de Carmen, la partera de la región. Se cuenta no levantó cabeza porque se enamoró de “Misia” Josefina, una señora viuda bastante mayor de él y con varios hijos, que tenía una venta de aguardiente y tabaco; los parientes de Emperatriz, una especie de hermana de Fernando e hija de doña Katty en todos estos años bogotanos, como su cuñado Ismael que nos recibió con una totumada de guarapo; el recuerdo de otros personajes como la señora Maruja o Misael, un excelente narrador, según Fernando, que fue el marido de su abuela Ñoa; la mención infaltable a las grandes familias que poblaban la región: los Murcia, los Rodríguez, los Ayala, los Guzmanes; también conocimos a Rodulfo e Ignacio Ayala —sus amigos de infancia— prototipo del campesino. Entonces imaginábamos lo que Fernando hubiera sido si no hubieran migrado a Bogotá: sombrero, machete al cincho, músculos fornidos, locuacidad y espontaneidad en un tono altisonante además rodeado de un buen número de hijos. Después de minutos largos de camino, en lo alto de un paso se divisó una casa y el poeta lanzó su acostumbrado grito ancestral, grito que se sentía hasta en las montañas lejanas. Entonces, el tío Ulises y su esposa Beatriz (Beata, le decía

el tío, con ese dejo de voz del campesino de esas regiones) ya sabían que el sobrino amado venía pisando los pasos de sus ancestros. Llegamos a la casa de colores claros, con el patio poblado de gallinas piropas (después yo diría que había unas sin pescuezo para risa de doña Katty), otras llamadas sarabiadas, el pavo real que respondía a los llamados de los humanos, patos, piscos, el burro, la mula, el “macho” del tío —que nos recordaba el dicho que Fernando mencionaba cuando alguien se afanaba: “deje miar el macho”— y el árbol ancestral de totumo que servía al niño de entonces para realizar su sueño de montar en avión. No era un árbol grande pero en su óptica de niño, al mecerse le daba la sensación de vuelo.

Fueron días maravillosos: el gusto por la comida, los recorridos y caminatas por esos senderos poblados por árboles como aquel por donde me perdí, en compañía de Andrés, al ir por la leche y no encontrar el retorno. También la vista de las veredas cercanas: “Lomalarga” y el cerro mítico de “La Pajosa”. La ensoñación de divisar, como una cinta amarilla, el recorrido del Magdalena.

Recuerdo especial merece la llegada a su casa, al rancho donde nació, “que lucha incansable contra el tiempo” diría él en otro escrito. Apenas lo vio, lo tocó y le habló, foto que en ese momento inmortalizó el padre Lucho. El rancho, como su infancia, terminó por quedar sólo en la memoria. Creo que esa fue una de las últimas veces que lo vio y lo saludó.

También nos mostró la cruz del camino donde quedó la evidencia de un pariente muerto, Saúl, el lugar donde se suicidó. Al despedirse le escuchamos decir “ya te saludé primo”. Saúl había partido a la ciudad y por una decepción amorosa retornó a su tierra, donde sucedió lo inevitable. Caminos llenos de historias y de mitos como la madre monte, la llorona, la candileja que, según los relatos del padre, la había visto varias veces.

Me impresionó el cruce por el lugar donde se le apareció el diablo cuando niño. Fernando se detuvo y dijo “aquí lo vi, al patas...con sus cachos”.

*justo aquí me asustaron, era rojo,
me pedía en su orfandad de malo
me pedía una palabra...
¡correr es morir a pedazos!
Desde entonces soy poeta
porque creo ver lo que otros dan por visto.*

En su cuento *El que sabemos*, es su tío quien oculta el final de la historia por el pudor ante lo sobrenatural. Una vez manda a acostar al sobrino visitante, deja inconcluso el relato que dice textualmente:

*“—Mi tío siempre habla de él con recelo. Un recelo muy cercano a la picardía. A veces, cuando viajo de vacaciones, lo vuelvo a escuchar relatando las mil y una historias sobre “el hombre grande, de nariz aguileña, cara enrojecida, ojos penetrantes y voz como de trueno”.
Y agrega:*

—El diablo del que podemos hablar, si es que el diablo no está en el hablar, es un diablo hecho de retazos”.

Los rostros de Rodolfo y de Álvaro se detuvieron cuando Fernando nos señaló el sitio donde se le atravesó *Sangrenegra*, el jefe del bandolerismo liberal de los cincuenta. Nos imaginamos la impresión de aquel niño al encontrarse frente a frente con la leyenda viva de la violencia colombiana.

La muda para un viaje a Capira llegó a su fin: “mejor recorrer juntos las mismas veredas” me había colocado en la dedicatoria del poema; en la noche, el poeta caminaba hacia un lado y otro sin conciliar el sueño mientras nosotros hacíamos chistes imitando al griego Alex con su frase “El problema es tuyo, mi no es”. Para el retorno tomamos la otra vía, la de Cambao,

el pueblo árido que parecía abandonado, situado a orillas del Magdalena, donde su padre había trabajado y que, según Fernando, hasta un burro se moría de tristeza. Luego llegamos a una ciudad poblada de árboles, llena de sol en el sudor del mediodía, entre la gritería de los vendedores de avena y amasijos. Este paraíso desaparecería dos años después: Armero, entonces la segunda ciudad del Tolima. Como territorio arrasado ha permanecido en estas décadas. Lo último que escuché es que quieren hacer un parque temático sobre las ruinas de los 25.000 desaparecidos. Después de tomar avena con pan de yuca, comenzamos el ascenso y en un punto cercano a Guaduas, Luchito parqueó el carro para realizar una especie de misa campal, encima de una piedra, en un hermoso ritual. Fernando no se imaginaría que el resto de su vida laboral trabajaría con religiosos y tendría que asistir a muchas ceremonias eucarísticas.

Habría otros viajes pero ninguno como éste: el fundacional, el de la muda: Octubre de 1983.

DE COMPAÑERAS Y COMPAÑEROS

Mi memoria se remonta a los últimos días del mes de julio de 1982. Había decidido comenzar la carrera de literatura en la misma universidad donde adelanté tres años de derecho. Entonces hablé con un cura informal, de buzos de colores, que tenía nombre de mar y me matriculé un poco temeroso en esa aventura.

El jesuita nos invitó al coctel de lanzamiento y allí reconocí a alguien con quien presenté la entrevista: Rymel Serrano. Luego, el padre nos relacionó con quienes serían nuestros compañeros: un muchacho blanco, risueño, muy amable, que se presentó como Rodolfo y una chica bajita, con gran risa en los labios pintados con un colorete desbordante, llamada Natalia. El cura hablaba de que faltaba un caucano, y lo mencionó varias veces.

Al día siguiente, tuvimos la primera clase con él, con Marino Troncoso S.J. A la salida, el supuesto caucano que mencionaban la noche anterior, le hablaba a Rymel de su deserción del derecho. Entonces me devolví y le comenté que era también mi situación. Tomamos el pasillo del Edificio Central, dejamos atrás a Rymel y emprendimos una charla que aún no termina. El “caucano” resultó ser de origen tolimense, moreno, alto, de voz firme y melodiosa, de cabello ensortijado, vestido formalmente con un traje gris oscuro a líneas y con unos zapatos muy gastados pero recién embolados —siempre los mantendría así— y con una agenda de cuero que sostenía fuertemente con el brazo derecho. Así conocí a Fernando, en medio de los ocho compañeros que conformábamos el segundo semestre.

Pero el verdadero conocimiento ocurrió días más en el taller de creatividad literaria con el profesor costeño Cristo Rafael Figueroa, por entonces un joven de veintinueve años aún con algo de cabello y con su acento sinuano que se hacía ininteligible para mis oídos. Comenzamos a presentarnos y Rymel habló de su influencia de Dostoievsky y Kafka; mencionó

al hombre caído marcado por estas lecturas de adolescencia. Entonces, sin saber cómo, el moreno alto, con un buzo café ancho, tomó la palabra y dijo que no, que, por el contrario, reivindicaba al ser de pie, erecto, y sin pensarlo fue citando obras, autores y vivencias por espacio de veinte minutos con pequeñas intervenciones de Cristo —quien citaba su pasión por Odiseo— y de Rymel, quien lo miraba con recelo dado el extenso y fulminante paréntesis.

En la medida que citaba y argumentaba parecía que fuera a salirse de la silla, dado sus movimientos de brazos y la contundencia de su voz. De ahí no ha cesado de hablar, argumentar, citar, dar ejemplos, por los salones y pasillos de la Universidad Javeriana. Como el padre Gaitán no había llegado, las primeras tres semanas las pasábamos tomando el sol en “la playita” y Fernando se recostaba sobre las banquetas y colocaba la cabeza sobre las piernas de Natalia, que resultó ser de Barquisimeto (venezolana), y quien soltaba carcajadas o frases soeces a todo pulmón: “auxilio, auxilio, me violan”. Alguna vez, enojado, Marino Troncoso nos dijo que estas expresiones se escuchaban en pleno consejo de facultad.

Íbamos a un sitio llamado “El Bosque”, situado en la esquina de un parque cercano, medio sórdido, atendido por figuras esperpénticas y cuyo baño llenábamos con poemas escritos en las paredes ante la rabia de la dueña. Algo inolvidable era la música: boleros, tangos y todo lo antiguo. Llevábamos nuestros casetes: una imagen que nunca olvido es el día que Rodolfo se paró del puesto y en total paroxismo pedía que le repitieran el tango de la *Cama vacía* por ser un himno a la amistad.

Cierto viernes, por idea de Fernando, compramos una media de brandy y nos la tomamos en la cancha de fútbol, espacio amplio y pleno de verdes. Después de este primer brandy fuimos a “El Bosque” y, horas después, en medio de la borrachera, nos volvieron a cobrar la cuenta. Como llegamos a la conclusión de que sí la habíamos pagado, hasta ahí llegó este sitio en la memoria.

Marino Troncoso era un cura muy particular. Nunca usaba sotana ni traje de corbata, como era lo común de los jesuitas de la época. Alto, huesudo, de hablar interdental, como un dialecto español rezagado en el centro del Valle del Cauca. Era famosa su chaqueta larga de cuero negro, que parecía inmodificable y sus largos zapatos que únicamente cambiaba cuando se acababan. Completaba su estampa un amplio maletín de cuero. Había estudiado el doctorado en literatura en la Sorbona y parecía más un escritor que un sacerdote jesuita. Alguna vez, coincidieron con Freddy Barrero en las bancas largas de madera, a la entrada del pequeño edificio de la facultad, y Marino dijo: “Esto no es vida”; “No es vida para ustedes los curas”, le respondió Freddy; “¿Es que yo tengo cara de cura, Freddy?; “No, de literato”, remató Barrero. El sueño de Marino era ver posicionados a nivel nacional un buen número de escritores egresados de la carrera de literatura. Le encantaba la palabra prestigio. Otro de sus proyectos era la creación de la Facultad de artes y letras. Un veinticinco de diciembre de 1989 sufrió en Cali un infarto fulminante. Ya un poco recuperado, en 1990, fue decano en la facultad de arquitectura. A la espera de un trasplante de corazón que no alcanzó a llegar, falleció el dos de noviembre de ese año, día de las almas. Hoy, un auditorio en el edificio Barón lleva su nombre.

Rodolfo Alberto López, poseedor de una exquisita sensibilidad, de modales refinados y muy influido por la poesía española, era el único compañero que había publicado un libro de poemas, llamado *Evocaciones* —en dos ediciones—. Vestía de abrigo largo de paño gris y pañoleta roja, fumaba pipa y, como la cenicienta, siempre abandonaba “El Bosque” faltando cinco para las nueve. Natalia también porque vivía en una residencia de monjas cerca de la universidad. Natalia Romero, aunque muy baja de estatura deslumbraba por su belleza, sus vestidos tropicales y sus inmensos bolsos. En sus cuentos la obsesionaba el mundo de latón. Fernando decía que era la más inteligente de todos. Ella nunca terminó la carrera y se perdió en los vericuetos del mundo ejecutivo. Rymel Serrano había realizado varios semestres de

antropología, padecía de frío que sobrellevaba con un permanente tinto y un cigarrillo. De origen santandereano y mirada parca, un tanto desconfiada, a no ser que estuviera en copas, momento en que se expresaba en una carcajada desbordante. Ahora es un canoso editor universitario cuyo hijo, como si fuera nuestra réplica, estudió la carrera de literatura.

Andrés Díaz Sáenz era un amigo de Fernando de su época de estudiante de derecho en el Externado. Voraz lector, de caminar acompasado y sonrisa infantil. Parecía un borgesito de 21 años por sus abrigos largos y el infaltable paraguas. Ante una exaltación, bien fuera por rabia o por jocosidad, reflejada en su rostro, abría la mano izquierda y la golpeaba continuamente con el puño de la derecha. En su vida profesional, ha estado rodeado de abogados importantes, tiene un carro antiguo de color negro y su vestuario es también de negro hasta la camisa y la corbata y asesora delicados casos de corrupción contra el estado. No ha abandonado ni la poesía ni el gusto del buen lector; además publicó una novela, fruto de la maestría en creación narrativa que adelantó en la Universidad Central. Carlos Paz —otro externadista— presidía sus argumentos con una contundente voz que no abandonaba su dejo caleño; vivía obsesionado con ser cineasta. Con los años, se refugió en Chía y, de vez en cuando, sale a la ciudad a ejercer sus casos de derecho de patentes.

Más que presencia, una ausencia —dado su silencio— era Claudia Díaz Toledo: “lo que conozco no tiene nombre”, escribió en uno de sus poemas. Se trasladaba desde Tocancipá, donde vivía en una casa campestre con sus padres profesores. A Claudia le compuso Fernando su primer poema en la Javeriana, *Las redes de punto*, que hablaba de misterios y de las calles *que yo piso de noche y tú... al despertar*. El espíritu de Claudia se oponía a la locuacidad de nosotros, en medio de sus mochilas, sus yines maltrechos, largos cabellos y unos ojos de color indefinible, cuya mirada perpetraba el universo.

También inolvidable, un personaje al que anunciaron durante casi un mes con gran expectativa: resultó ser un mono de Pereira, flaco en extremo, de sacos con colores rechinantes y que siempre antecedía su discurso de la expresión *loco*. Entonces le pusimos *El loco*. “Qué bueno, Fernando, leer poetas que nadie conoce”, decía. Aquella figura un tanto “enclencle” respondía al nombre de Mario Jursich Durán, quien, posteriormente, fuera subdirector de “El Malpensante”, presentador de “Culturama” en *Señal Colombia*, moderador de eventos culturales y director para Colombia de Fondo de Cultura Económica. Por supuesto, ya no viste buzos vistosos sino chaquetas finas; es acuerpado, de gafas, barba moderada, cortés en el saludo y nunca más le he vuelto a escuchar la expresión *loco*.

En la clase de Cátedra Rulfo, con Otto Ricardo, ante la segunda gran intervención de Fernando sobre el proceso creativo y la simbología del espejo —influencia lezamiana— alguien de corta edad y estatura, vestido como para primera comunión —abrigo azul, guantes y boina azul oscura también— se echó hacia atrás del asiento y dijo: “La palabra espejo está muy bien escrita allí”. Luego, su figura solitaria —él era el único estudiante del cuarto semestre— sin dejar la boina, comenzó a poblarse de cabellos largos que caían en crespos por la espalda, cual figura romántica, y manifestaba: “Es que llevo una condena dentro”. De sonrisa displicente y cierto desprecio erudito, Óscar fue muy pocas noches al “Griego” y, a veces, en la otra mesa al lado de Mario y Rymel. Una noche de lluvia me llamó desde la puerta y me entregó un poemario con destino a su amor frustrado, una compañera de nombre luminoso que nos llevaba unos semestres y luego sería directora del departamento de literatura, quien estaba en nuestra mesa. Apenas terminó materias, Óscar asumió la cátedra de epopeya y literaturas nacionales; luego, fue premio nacional de poesía y también de ensayo; trabajó con Fernando en la maestría de educación; también se desempeñó como editor de Camilo Calderón, en la editorial Cordillera; se fue para Iowa donde se doctoró y después de diez años volvió a la Javeriana donde aún

continúa: “¡Castro!”, me gritaba duro y yo le respondía: “¡Torres!”, así nos saludábamos; otros le decían Oscarito, desde que ganó el programa de concurso de televisión “Cabeza y cola”, cuando tenía diez y siete años. La última vez que lo vi —calvo, panzón y con el profuso maletín de libros a la espalda— estaba de organizador de los cincuenta años del departamento de literatura, en su función de director.

A Álvaro Pinilla, le decíamos Alvarito. Blanco, de protuberante nariz, de una timidez que lo llevaba a colorearse por momentos, pulcro en el vestir con finos buzos y una sonrisa cordial. Estudiaba derecho también; parecía siempre como despistado, en especial cuando se atascaba en sus argumentos que acompañaba con movimientos de manos y brazos que se iban elevando en la medida que se enredaban sus palabras. Ahora es titular de la cátedra de Familia en la Javeriana y uno de los más prestigiosos abogados en su ramo. Luis Carlos Henao, quien nunca hablaba en clase y en las discusiones nos miraba entre asombro y terror, había sido seminarista y tenía disciplina alemana porque estudió en un colegio de esa cultura. Finalmente, también hizo su maestría en ese país, con una tesis sobre literaturas medievales. Con el tiempo, aquel ensimismado estudiante, ha ocupado los cargos de director de la carrera y del departamento de literatura; una figura, un tanto esperpéntica, que descollaba por su estatura con unos cabellos pintados de colores (en esa época, aquello era una rareza), conocida como *la bruja*, era una gran lectora y polemista en las clases; inseparable, a su lado, siempre iba una estudiante de baja estatura, mochila y sus crespos casi infantiles. No usaba gafas y solo cruzábamos miradas, poco hablaba. Años después me la encontré cuando se graduó de la maestría del Caro y Cuervo, luego, entró de profesora de la Nacional en donde ha llegado a un alto nivel y reconocimiento: Carmen Elisa Acosta; u otra, a quien le decíamos la maga, porque de un momento a otro, como por arte de magia, apareció embarazada para desilusión de varios de los compañeros. Hoy en día es una autoridad en literatura infantil: Beatriz Helena Robledo;

o René Rickemann, alto, de rasgos nórdicos y abrigos negros, muy buen conversador. Con los años volvió a las regiones de sus ancestros vikingos y ahora es un experto en teoría de la educación; y Beatriz Acevedo —su novia de entonces— a quien le decían la pitufa pero que Fernando bautizó como la gnoma por sus abrigos de capuchón y su baja estatura. De voz muy delicada, estaba muy pendiente de “avanzar” en los programas de las materias y encabezaba campañas para que los compañeros no fumaran en clase. Hace muchos años se fue a vivir a los Estados Unidos.

Ellos, en algún tiempo fueron del “Griego” hasta que, en una conversación con Marino manifestaron algún inconformismo con nuestras reuniones. Entonces, Fernando escribió un poema titulado “Hay un aire que no viene pisando aunque debiera”; otro poema inmortal de aquellos tiempos “Llanto es la hermosa”, estaba dedicado a su novia oficial en la facultad, Mónica Mendiweso. La madre monte, le colocó Fernando cuando la conocimos, antes de su primera transformación. Faldas largas de tela, medias de lana y de colores, una especie de chalecos también de tela o lana bajo un cabello alborotado, siempre despeinado y un bello rostro sin maquillaje. De una inteligencia desbordante, esgrimía argumentos con su voz nasal y sus palabras sin ambages que colocaba en conflicto a profesores y estudiantes. Fue un amor intenso e inmortal como todos los de Fernando: si él sufría o ellas sufrían lo hacíamos todos. Mónica, brillante profesional, buena ensayista, después optó por una vida recogida, muy espiritual y de entrecruce con esoterismos, de pulcritud en el vestuario (trajes de paño) y en el hablar. Muy formal en el saludo, distante de aquella madre monte de los ochenta. Desde aquellos años, ella padecía de una cierta aversión a las antenas y a toda la carga radioactiva, de ahí que buscara para vivir lugares apartados de radiaciones. Poco a poco, estas cargas la fueron minando hasta que, en 2017, su cuerpo no pudo más. Antes de su partida, dejó escrito un testimonio de todo su

proceso de afectación con las radiaciones. Creo, murió lejos de las ciudades y de sus sueños escriturales.

Mónica estaba un año después y nos presentó a una amiga corpulenta, de ojos verdes alemanes y ademanes corteses: compartía con nosotros las tertulias y hasta los flirteos: a los pocos años se casó bajo el padrinazgo del Presidente de aquel entonces y retornó a su casta aristocrática, pues su padre era uno de los hombres públicos más eminentes pero imbuido en una férrea soledad que sentíamos cuando íbamos a su casa y le desocupábamos las cervezas de la nevera mientras arreglábamos su inmensa biblioteca y hablaba con nosotros de literatura desde el contraportón: Carlos Lemos Simmonds y su hija, Adriana Lemos Pérez de Soto.

Otro compañero de ese curso con el que Mónica realizaba los trabajos en alguna oportunidad se alcanzó a ilusionar con ella, aunque tal vez él en su memoria de novelista no lo tenga presente. Recuerdo que íbamos al “Bosque” a tomar cerveza, y en alguna oportunidad, lo encontré conversando con Fernando en la esquina de la trece con cuarenta. Este compañero le confesaría “vuelvo a mi soledad”. Detalles y episodios de clases y calles que bien podrían caber en alguna de las novelas que escribiría aquel personaje, hoy ubicado en lugar privilegiado de la novelística latinoamericana: Mario Mendoza, también de grandes ojos verdes, delgado en extremo y de rostro lampiño pues aún no le salía nada de barba. Pertenecía al grupo conocido como “los poetas malditos”, porque, a diferencia de nosotros “los nóbeles”, que vestíamos de saco de paño y llevábamos maletín de cuero, ellos iban de abrigos largos, collares, mochilas y tenis: Mendoza y Santiago Gamboa, a quien se les sumó posteriormente alguien a quien Fernando bautizó como Boterito: Juan Carlos Botero.

Quizá Fernando sea el más idéntico a sí mismo, pulcro en el vestir, riguroso en su oficio como académico y como escritor, permeado ahora por la ética del cuidado, sin abandonar a esa vieja amante suya que lo acompaña a todas partes: la poesía y su concepción del poeta

como alguien que se eleva dentro del orden social no sólo para ser un mejor ser humano sino para, desde su percepción y experiencia, ayudar a través de sus versos a descifrar lo complejo de la cotidianidad. El poeta —y, en su caso, también el ensayista— que no es ajeno a los acontecimientos históricos y a las grandes preocupaciones de su época.

Aquellas noches del “Bosque” —una vez Rodolfo y Natalia abandonaban el lugar— Fernando, Rymel y yo continuábamos entre copas y lecturas. Fernando nos leía sus poemas de *Homo Erectus* y lo que llevaba en su agenda que parecía una biblioteca de poesía ambulante. Entonces, lo único que quería era ser poeta y como tal vivíamos, entre clases, lecturas, amigos, copas y tertulia. La melancolía que traía Fernando era por su tierra límite con la región del Tolima. Recordaba a su primo suicidado en esas montañas pocos meses atrás y la voz se le estremecía; hablaba cada vez más minutos y nosotros lo escuchábamos conmovidos. Su filosofía era de las renunciadas: por eso dejó la política y el derecho. No quería trazar en su vocación literaria. De rígida disciplina intelectual, en esos días cumplió 27 años que era para él algo tormentoso por el paso acelerado del tiempo.

A mediados de septiembre de aquel año fui por primera vez a su casa. Él hacía con Rymel un trabajo sobre el cómo en la obra de Rulfo para el profesor Otto Ricardo. Al entrar en su apartamento me impresionó su vida de escritor: el orden de la biblioteca, las hojas dispuestas en tamaño carta y oficio, los marcadores de colores y la forma como con Rymel plantearon el trabajo. Así era él: muy organizado a pesar del pequeño espacio con que contaba. Al caer la tarde fue a ver una película en Chapinero y nos despedimos en aquel final de año de 1982, en nuestro segundo semestre de literatura.

Por entonces, ya comenzábamos a ir a una fuente de soda, como se llamaba por esos tiempos, que Fernando había descubierto por los lados de la Carrera 13: “El Griego”. Pero esa es otra historia que se ubica cuando ya no éramos primiparos y en la facultad nos comenzaban

a llamar “los nóbeles” y la figura de Fernando ya no se asimilaba a la de un caucano solitario sino al personaje controvertido y vertical, terror de los profesores. Esa ya es otra historia porque esta termina cuando, en la mañana del 10 de octubre, la radio anunció que Gabriel García Márquez —Gabito, decía Fernando— había obtenido el premio nobel. Es decir, ya no era tan raro estudiar literatura.

EL POETA DE CAPIRA

Quienes conocimos a Fernando en esos tiempos nunca podríamos imaginar que él fuera otra cosa que POETA. Como tal llegó, se nos presentó, razonaba, sentía, transpiraba poesía por todos los sentidos y a todo momento: “El poeta vive las veinticuatro horas”, decía. “Aun cuando sueña, porque el poeta es un eterno soñador y, más aún, en la vigilia. Tiene su propia realidad”. Para él, el poeta no tranzaba con nada, por eso dejó el periodismo, el derecho y la política: su dedicación debía ser —como una amante fiel— exclusiva e intensa. “En el arte no se puede ser mediocre”, expresaba, “por eso es de consagración exclusiva”.

Demasiado pasional, vivía en una continua exacerbación donde afloraba su historia personal: la tierra dejada, Capira; el suicidio reciente del primo allá en esas montañas limítrofes con el río Magdalena; la otra pérdida, los amores, también algunos recientes; su obsesión por el tema femenino y erótico; en suma, la vida de poeta llevada a su máxima exaltación, sin ninguna preocupación por el futuro económico y laboral. Para nosotros, que escuchábamos extasiados sus historias y pasiones, no era más que la figura del poeta, un destino poético asumido desde el fondo de la existencia.

“El poeta es el que ve lo que otros dan por visto”, repetía. De ahí su afinamiento de la mirada, como eje del sentir del poeta y, en general, de todos los sentidos. Pero, fundamentalmente, de la mirada: la suya se situaba entre la ironía y la lucidez, cuando algo lo conmovía, o la fulminante, cuando algo lo contrariaba, porque en eso tampoco tranzaba, en el carácter, herencia de su sangre campesina. A veces, miraba por encima de los ojos de su interlocutor, como le anotaba Natalia. Sus grandes ojos café en realidad eran como de espanto, porque parecían dilucidarlo todo, bajo el auspicio de la mirada del poeta.

Recuerdo mucho el primer recital —y casi que el único— de octubre de 1984. Fernando se ideó un plegable en cartulina con diseño blanco y verde, con los poemas de los participantes, todos compañeros de nuestro curso: Rymel Serrano, Mario Jursich y él mismo. El poeta Vásquez llevaba un pulcro vestido azul de paño y una camisa, como siempre las de él, de elevado diseño y textura. Entonces cuando le llegó el turno, leyó previamente un manifiesto donde daba razón de su vocación poética: “Porque para mí”, decía, “ser poeta es una intención de ser y no una práctica casual o una intención esnobista”. Citaba a sus sombras tutelares: Dante y su “Comedia Divina”, Lezama Lima, Cernuda, Donne y afirmaba que fue Octavio Paz quien le dio el impulso para tensar el arco y afinar la lira. Hablaba de que el descubrimiento y el ejercicio de la poesía era una forma de afianzar su espíritu campesino, “la ensoñación de ver nacer el día y ver morir la noche”. Tal vez recuerdo otro escrito suyo de la época —también aún inédito— donde defendía la literatura como “la invitada a las noches de bohemia, a los encuentros furtivos de la carne, a las noches de suntuosos salones, al convite de almohada de los pobres”. Por eso, decía, “se la lleva, se la cita en la memoria”. Y remataba “una voz enemiga dispuesta a consolarnos, más que una promesa un golpe, la vida que la historia no registra...”.

Estoy seguro de que al escribir sobre la literatura, fundamentalmente se centraba en la Poesía. Aquella noche de lectura, en el salón José Alejandro Novoa (un jesuita que era pariente de Rymel), su voz no lucía esplendorosa y contundente, algo pasaba, si se me permite la infidencia, parecía ser que sospechaba de una traición amorosa. Aun así, con la voz apagada (el poeta deprimido), los tres grabaron sus poemas para siempre en la esfera del salón Novoa. Este auditorio, por su ubicación y diseño, es muy particular y propicio para eventos como recitales. Aunque queda sobre la carrera Séptima, está como incrustado y parece un túnel que se torna acogedor apenas se ingresa. La copa de vino después de los eventos adquiere un sabor especial en ese espacio.

Tal vez la importancia de la amistad en su vida —quizá la búsqueda de los hermanos que nunca tuvo— hizo de Fernando que su amor por la poesía lo llevara a volcarse hacia los otros y resultara en el futuro maestro e investigador de la didáctica, pues una de sus principales preocupaciones y obsesiones ha sido la de la Didáctica del poema o como llevar ese mundo de ensoñación, de “pan de los elegidos” al aula, a la escuela y a la formación del imaginario de un país.

Siempre ha detestado los estereotipos de poeta, aspecto que lo ha distanciado conscientemente de los medios poéticos oficiales. Las poses y la figuración, a partir del hecho de ser poeta, ha sido por él fuertemente criticado. De ahí su admiración por Aurelio Arturo y su discreta posición frente al medio nacional. De igual manera, su veneración por alguien como Cavafis, quien nunca publicó en vida, al igual que Silva. O por Unamuno, que dio primero a conocer al ensayista que al poeta, credo que aplicó para su propia obra. O su respeto por la poesía como también una búsqueda reflexiva y conceptual, es decir el poema como criatura que no sólo se vive y se escribe, sino que se investiga y analiza, claro desde la percepción artística. Por eso su seguimiento de las voces y obras de T.S. Eliot, Ezra Pound, Luis Cernuda o Jorge Guillén.

De los profesores escritores y poetas del Departamento de Literatura, el que más le impactó fue la figura de Giovanni Quessep, con sus trajes grises, sus prematuras canas, su paraguas, los libros bajo el brazo para la clase de turno, su rostro que con Rodolfo definían como del color de la muerte de César Vallejo. Nos dictó Cátedra Dante; lograron una especial afinidad con Fernando, sobre todo cuando Giovanni llevó las cartas entre Dante y Guido Cavalcanti, y Fernando —en medio de los cigarrillos que encendía uno tras otro— seguía la lectura en su propia edición, para sorpresa de Giovanni. Fueron sólo siete clases porque Giovanni andaba con depresión de poeta a causa del terremoto de Popayán de donde era su esposa, la también poeta

Martha María Arboleda, y a donde él se iría a vivir desde el siguiente mes que terminó nuestro curso —junio de 1983— para nunca más retornar. Otro profesor poeta era Jaime García Maffla. Aunque nacido en Cali, más parecía cachaco por sus trajes oscuros, los zapatos largos y negros y la permanente corbata. Su rostro se asemejaba al Quijote, personaje al que tanto amaba y del cual era especialista: ojos claros, pequeña chivera y una muy suave voz, al mismo tiempo lenta y firme para expresar sus convicciones literarias pero muy tenue cuando hablaba en el aula y casi que se diluía por el aire. De España, donde hizo sus estudios superiores, tal vez le venía ese formalismo o, también es posible, de una excesiva timidez.

En aquellos tiempos que nos conocimos acababa de terminar Fernando la edición de su primer libro *Homo Erectus*, por supuesto de poemas. Al ser rechazado por un reconocido editor, se propuso realizar lo que después se llamó una edición artesanal, encuadernados por él mismo y con pasta de diferentes colores: rojo, azul, blanco. Los iba regalando a sus amigos de acuerdo iban llegando a lo profundo de su corazón. Confieso que mi ejemplar se demoró en aparecer pues ya lo tenían Rodolfo, Natalia, Marino, Rymel, entre otros. Por fin, en febrero de 1983, me llegó el turno en un ejemplar de pasta verde que aún conservo con la siguiente dedicatoria en tinta rosada: “Germán: A veces somos dueños del gran acto de magia, que es todo gran arte. Comprender los trucos poco importa, porque es en el mayo donde habita la ansiedad y la certeza del vuelo perfecto”. *Homo Erectus*, hombre de pie, simbolizaba su concepción de la vida: siempre erecto, erguido, vitalista, vertical; de otro lado, desarrollaba un imaginario erótico en confluencia con lo sagrado y le apostaba a versos de largo aliento con imágenes contundentes:

Soy agua de río

Agua pátina

Agua antigua...

Soy canto en aporroia

Elemento neptunista

¡La imagen del roquedal desmoronado!

Andrés Díaz le hizo un estudio y yo le hice otro posterior en 1994, para un evento de jóvenes escritores de los colegios privados de Bogotá. Sus versos nos los había leído y releído desde cuando éramos primíparos e íbamos a “El Bosque”. Por entonces, ya alistaba varios poemarios más pues su obsesión no eran los libros de ensayos o estudios académicos sino su obra poética, producto de la génesis artística que él mismo situaba entre la vivencia, la formación y la intuición. Unos de los poemas recientes que llevaba en su agenda, posterior a *Homo Erectus*, y que leía con gruesa y contundente voz en un tono casi elegíaco en la oscuridad del *Bosque*, era *Otredad del solitario*. Yo no entendía casi nada, pero me identificaba desde la intuición poética:

Sabernos prisioneros del lecho impronunciable

En tanto que la voz

¡participante de otros actos!

Huele las sendas de las huellas esquivas

Tensando la indecisión con el abrazo

Defendía desde entonces el poema hermético y su configuración frente a cierto facilismo del verso libre contemporáneo. Memorable fue para la clase de Cristo Rafael Figueroa “Explicación de textos”, la exposición que realizaron con Natalia y Rodolfo sobre *Muerte de Narciso* de José Lezama Lima. Para explicar la confluencia de las aguas mayores con las aguas menores presentes en el poema, entre las nubes y el lago que refleja la imagen de Narciso, hicieron la analogía con el espejo que le colocan a uno al final de la peluquería. Entonces, para este ejercicio, yo cargué desde mi casa los espejos con toda la parafernalia que aquello

significaba. Vimos nacer poemas precedidos por el instante que lo origina: es decir, asistíamos a los partos completos. Igualmente, en esos años, compartimos el nacimiento de su obra, los motivos o las protagonistas. *Festín de florescencia, Llanto es la hermosa, Conquista, muerte, ronda o el Unicornio sin doncella; Jardín amordazado*, dedicado a la Javeriana. Poemas que nuestra profesora de arte, Alicia Lozano Medina, celebraba como ese verso de *Llanto es la hermosa la terquedad de ser mortales*.

Algo que nos reunió en aquellos años y que también contribuyó a la formación literaria y a la reflexión sobre la poesía, fue el programa “Detrás de la palabra” que transmitía la emisora de la Universidad. Cierta día, Marino le designó a Fernando la elaboración de los guiones y, desde ahí, la noche anterior a la emisión del programa era un ritual. Íbamos a su biblioteca, donde se investigaba el autor y se escogían los textos. También él se volvió locutor y, con su voz apasionada, la poesía adquiría, ahora a través de los medios, un cariz diferente para nosotros. Compañeros de locución fueron la actriz Alicia de Rojas, Emmy de la Rosa y el actor Luis Fernando Ardila, quien décadas más tarde moriría asesinado en confusos hechos. Se realizaron programas sobre Dante, Huidobro, Vallejo, Rubén Darío o sobre autores colombianos como Valencia, Aurelio Arturo o Eduardo Cote Lamus y también sobre tangueros poetas como Homero Manzi. Recuerdo su poema *Definiciones para esperar mi muerte*. Otra sección que Fernando manejaba era “Unos minutos para aprender, querer y amar la poesía”, que se transmitía a lo largo del día. El poema como la criatura indescifrable, portadora de los misterios de la especie, aunadora de los caminos del ser humano en respuesta a otra dimensión. El poema como eje entre el pensamiento y la imagen, un instante detenido y previsto desde el inicio de los tiempos, el poema como la entidad que nos sobrevivirá. Alrededor de estas reflexiones, se tejían nuestros semestres ya de estudiantes de últimos cursos.

Después, con los años, asumió cargos directivos como director del departamento de Expresión y medios de la facultad de Comunicación. Uno de esos días de mediados de los noventa, cuando lo creía distante de la poesía y de los poetas, lo encontré al frente de la “Tienda Javeriana” con la obra completa del español Luis Rosales bajo el brazo. Entonces comprendí que la poesía había continuado y siempre iba a estar como eje angular de su vida y obra. De hecho, en su trayectoria de académico ha publicado varios estudios sobre la poesía, el poema y su didáctica. Quizá, tengo la sospecha, siga caminando cuerdas interminables mientras monologa sobre un poema o una película, con los andenes como sus nuevos interlocutores.

Desde hace varios años lleva un blog, “Escribir y pensar”, donde siguen estando presentes sus inquietudes académicas y artísticas y, en especial, sus búsquedas poéticas como lector y como escritor. Los años de pensión (a los que se sumó el confinamiento) le han permitido reconcentrarse aún más para volver al silencio, a la intimidad de la escritura, tal como lo ensueña en los versos finales de *Otredad del solitario*:

Caer en los silencios... ¡Como nadie!

Heridos con el grito

Haciendo un gran vacío en el Poniente

Para trovar un verso íntimo y hermético:

“suave en el despertar, violento en el retorno”.

LA TOMA DEL PALACIO DE JUSTICIA

Seis y siete de noviembre de 1985. El país y la ciudad, estremecidos y estáticos ante la toma del Palacio de Justicia. Recordar una década es como recoger los pasos; una mirada al tiempo y a los sucesos. Un retorno a instantes y rostros de juventud. Los ochenta, ahora vueltos a mencionar en aniversarios y series televisivas como la de Pablo Escobar o repetición de programas como “Don Chinche”.

Me enteré de la toma hacia el mediodía cuando mi novia de entonces y futura madre de mi único hijo —Rubiela Polanía— me llamó y me dijo: “Ponga el radio, estalló la revolución” (frase que para alguien de los sesenta y los setenta era una consigna). Bajé al local de la librería y le conté a mi padre. “No, eso no puede ser posible, yo acabo de llegar de allá”, me dijo. Al prender la radio, se escuchaba nítida la balacera. Mi padre había salido media hora antes de la toma después de visitar a su paisano, el consejero de estado Mora Osejo. Yo mismo casi quedo adentro porque fui a hacer una consulta a la biblioteca hacia las 11 y 15 de la mañana y el celador, que asesinarían pocos minutos después, no me dejó entrar dado que el servicio de biblioteca había quedado reducido, por razones de seguridad, a las horas de la tarde.

Aquel seis de noviembre, fuimos normalmente a clases y, luego, nos desplazamos como siempre a “El Griego”; allí, en medio de la ciudad temerosa y casi vacía, nos reunimos en nuestra mesa. Fernando prendía un cigarrillo —muy pocas veces lo hacía— mientras los demás guardábamos silencio. Aquel día habíamos pensado asistir al partido del equipo de Beatriz Martha —El Unión de Santa Martha— con ese otro equipo de Bogotá, el de tono azul. Para sorpresa nuestra, cuando Rodolfo llamó a la casa desde el teléfono monedero que tenía Alex en el local, le dijeron que el partido lo estaban transmitiendo por televisión por orden de la ministra, quien impidió la transmisión de noticias de la toma, y que se fuera inmediatamente porque su

hermana Judith, que trabajaba al interior del Palacio, había estado varias horas encerrada. Cuando hice mi llamada a la casa, mi padre en voz angustiada me dijo también que me despidiera de mis amigos dado que vivíamos a pocas cuadras del Palacio. Me comentó que, al salir de la edificación, se había encontrado con su compañero de universidad, Esteban Bendeck Olivella, a quien horas después mostró la televisión cuando desocupó la edificación en estado de shock. El jurista Bendeck era pariente de nuestra compañera Mónica Mendiweso Bendeck, quien también se encontraba a esa hora con nosotros en “El Griego”. Fernando se veía muy conmovido, más conmovido aún que el resto de nosotros porque la historia nacional estaba recorriendo nuestros hogares.

De ahí que cuando al día siguiente se dio el desenlace, Fernando, que había renunciado a un activismo político y partidista, sentenció preocupado y con voz estremecida: “O sea que no basta con la propia opción”. Se refería a que el contexto social y político también determinaba las decisiones personales. Quizá desde ahí planeó realizar un “Trocadero” sobre el tiempo y otro sobre la historia, donde a raíz de este suceso apareció un ensayo suyo titulado “Por favor no disparen...somos rehenes”. Más conmovedor para nosotros fue el hecho de ver pasar los tanques del ejército al frente de la Universidad en la tarde del siete de noviembre y observar cómo el resto de los estudiantes aplaudía. Entonces, Fernando y Rymel, indignados decían “por qué aplauden”. También Donald Calderón lo dijo, agregando: “Ojalá hubiera una guerra”. Esto exacerbó a Fernando, quien repetía bajando hacia “El Griego”: “La gente no sabe lo que es una guerra”.

Donald era del trópico, venía de Girardot, a orillas del Magdalena. Festivo y dicharachero, parecía no tomar nada en serio. Ahora ya no hace citas superfluas ni lleva bolsos de lana ni crespos alborotados con bigote y barbilla incipientes, por el contrario, sus

afirmaciones, que corresponden a un director de maestrías y fundador de doctorados y de congresos, son de un tono sobrio y conciliador.

Cuando retorné de la universidad, el centro de la ciudad era una zona tomada e intransitable. Recuerdo que en esos dos días tocaba explicar que era residente del sector e ir hasta la diez y nueve para poder caminar hasta mi casa. A lo lejos se escuchaba el tronar de los tanques, y continuos grupos de la P.M. y del ejército pedían los papeles de identificación. No se podía caminar con tranquilidad, a los jóvenes nos miraban con cara de sospecha. En la medida que veíamos las noticias de la noche, se alternaban los disparos entre el micrófono del informativo y el sonido en directo a pocas cuadras. Hacia las dos de la mañana se dio la confrontación más aguda e intensa; entonces mi hermano salió de su cuarto y nos encontramos en el pasillo, dado que el tiroteo parecía como si fuera al frente de la casa. Él dijo: *¡Uy, ahora sí!* Era tan intenso que parecía que en cualquier momento se iba a derrumbar la vivienda. Veinticinco minutos duró. No recuerdo muy bien cómo tomé el transporte al día siguiente, pero creo que caminé más de diez cuadras, cuando ordinariamente pasaba a una calle.

Esa era nuestra década de formación, cifrada por el ascenso del narcotráfico, de los carteles y los asesinatos como el de don Guillermo Cano, antiguo jefe de Fernando. El diez y siete de diciembre de 1986, yo estaba en su apartamento del “Bosque Popular” cuando la radio anunció (en esa época todo lo hacía la radio): “Atención, hace pocos minutos acaba de ser asesinado, saliendo de su oficina, don Guillermo Cano, director de *El Espectador*, atención...” Fernando me volteó a mirar, agitó su puño y dijo: “¡No, cómo van a matar al viejito!”. Don Guillermo era de sus afectos, a diferencia de don Luis Gabriel, el papá de Guillermo, quien pasaba —en tono gangoso que Fernando imitaba— señalando a los redactores con frases como “mijo, amárreme los zapatos”. De nuevo el desangre nacional se metía a su estudio, pues, al igual que otros escritores colombianos, el inicio de Fernando a la vida pública ocurrió también

por los pasillos del diario *El Espectador*, a donde llegó a la edad de catorce años y lo marcó para siempre en su carácter, en sus gustos y aficiones y en una percepción de la realidad. Allí aprendió, entre muchas cosas, con José Yepes “Malevo”, el gusto por el tango; con Mike Forero Nouguez, el respeto por la dignidad y la forma de ser fuerte ante una pérdida amorosa; a saber, que a todos se los valora por su desarrollo profesional y se los reconoce donde se los encuentre. Allí supo de la degradación de los medios intelectuales oficiales y tuvo sus primeras experiencias amorosas, sexuales y bohemias que tanto marcarían la vida del poeta. En algún tiempo, se le ocurrió fundar —con la participación de los lectores— “el club de sardinos periodistas”. Todas esas historias que nos contaba en las noches de “El Griego” y que ahora se le devolvían al enterarse del asesinato de Guillermo Cano.

Aunque el país se debatía en esta hecatombe que configuraría la posterior mentalidad, tan adepta al dinero fácil, nosotros continuábamos en nuestra “torre de marfil”, en nuestra elevación artística, que tarde tras tarde nos reunía en las clases y, posteriormente, se desplazaba hasta “El Griego”. Era la opción de la palabra y del lenguaje por encima de los acontecimientos políticos. Sin embargo, un país estaba desapareciendo y estaba emergiendo otro, con una inversión de valores. La caballerosidad, el apunte y el gracejo, el respeto, que se ven reflejados en los capítulos de “Don Chinche”, cedían al mundo del consumismo, de lo material inmediato, fácil y sin esfuerzo, permeado por la naciente cultura del narcotráfico; la conversación, tan sagrada para nosotros, donde se colocaba noche tras noche la experiencia vital y la búsqueda académica, cedió a otras formas de percibir la realidad; el modelo de universidad crítica, que amparaba el diálogo y el debate de ideas, dio paso a un modelo tecnocrático y operativo, mediado por la elaboración de informes, por acreditaciones y modelos de competencias, tan ajena a esa universalidad de los tiempos, por ejemplo, de Estanislao Zuleta. Toda esta hecatombe del narcotráfico había comenzado con el asesinato del ministro de justicia

Rodrigo Lara Bonilla, el treinta de abril de 1984. Yo tenía entonces mi primera y última experiencia docente en bachillerato, en el desaparecido colegio de las salesianas “Sor Teresa Valsé”. Allí se armó un debate respecto a este acontecimiento con fuertes intervenciones de mis alumnas de séptimo grado, recuerdo alguna de apellido Iregui. Entre ellas, algunas veces se me acercaban las más pequeñas, para pedir algún permiso. En cierta oportunidad, dos de ellas, con sus delantales de jardinera, me miraban a la espera de mi aprobación. Debían de tener unos doce años pues cursaban el séptimo grado. Una sola era la que hablaba; la otra, poblada de pecas, únicamente observaba con unos ojos claros. Respondía por lista al nombre de Margarita María Ríos González, actual esposa y compañera definitiva de Fernando. Hoy en día soy yo quien la miro hacia arriba, con la boca abierta, en el diván de su consultorio de odontóloga.

Ahora, bajo la lupa de la historia, vuelvo a traer esos primeros ideales generacionales de lo que Fernando denominó “la época del sarampión marxista” y que él experimentó en los setenta cuando era estudiante de diseño la Nacional y repetía consignas como “Abajo el gobierno represivo de López”, frase autoimitada por él con gracia en sus palabras y en sus gestos. Igualmente, el estudiante de derecho —que yo también lo fui— con intenciones de hacer política hasta que su compañero Carlos Paz lo remitió a Nietzsche y su texto *Las moscas de la plaza pública*. Por aquella misma época, asistió por varios días consecutivos a ver la película *El Proceso*, basada en el inmortal de Kafka, dirigida y protagonizada por Orson Welles. Después de eso, en septiembre de 1980, cuenta Andrés Díaz Sáenz, Fernando tomó la decisión de renunciar al derecho y a una figuración en la vida pública nacional. Empapeló las paredes del Externado para dar cuenta de los motivos de su renuncia. Andrés fue a llamar desesperado a Carlos y le dijo: “Corra, que Fernando se va”. Este acontecimiento quedó registrado en *El Espectador*, irónicamente el periódico donde él había trabajado. En un artículo con el título de “Lo que sucede...desilusión”, el periodista citaba las causales expuestas por Fernando para el

abandono: mediocridad académica, improvisación, falta de aproximación humanística, retórica sin piso, una ética en el vacío al servicio únicamente de intereses personales y económicos. Este acto simbólico fue una “forma de no volver”, me diría alguna vez, una renuncia a su vida pasada. De hecho, donó los libros jurídicos de su biblioteca.

Por mi parte, yo hacía campaña dentro de las juventudes galanistas por el candidato que se presentaría por primera vez en 1982 y luego sería asesinado al final de la década, ya cuando mi opción se había volcado hacia otro lado. Algún día, apenas terminé la carrera, Marino me dijo “te tengo una propuesta rara”. Le habían solicitado de la facultad de educación un candidato para un trabajo con la petrolera en Neiva. Acepté la propuesta y partí a provincia hacia mediados de 1986. Rodolfo lo haría tres años más tarde, a la Guajira, como profesor del colegio de la mina del Cerrejón.